



## CAMINATA NOCTURNA

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com

*Hoy no cogeremos mapas, ni cargaremos con pesados instrumentos. No vamos a observar, sino a contemplar (a contemplarnos, quizá también...). Nuestras espaldas sólo transportan, si acaso, una liviana mochila, y no se requieren linternas, porque las del cielo iluminarán el camino.*

Hoy no cogeremos mapas, ni cargaremos con pesados instrumentos. No vamos a observar, sino a contemplar (a contemplarnos, quizá también...). Nuestras espaldas

sólo transportan, si acaso, una liviana mochila, y no se requieren linternas, porque las del cielo iluminarán el camino. Dejamos en casa listas de objetos, coordena-

das, trípodes y termos de chocolate caliente. Sólo necesitamos una hora, pero una que puede ser de ensueño.

Es lo que sucede al caminar de noche, sobretodo si podemos hacerlo a cierta distancia de las urbes o en alguna cumbre cercana. Todos tenemos nuestros rincones, a los que acudimos tras el ocaso para encontrar algo (el qué, siempre depende de cada uno): a veces estrellas, otras para disfrutar tranquilo de una buena compañía, otras más queremos hallarnos a nosotros mismos (o también, perdernos de vista, si fuera posible...). Será por la ausencia de luz, quizá porque con la oscuridad uno se oye mejor (puede que oigamos tan bien que hasta percibamos nuestros propios gritos interiores...), o porque es en la noche cuando todo adquiere un tono más intenso, más enigmático e inquietante. Lo sombrío genera misterio; la noche produce conmoción.

Avanzamos en la oscuridad cálida de finales de mayo con un bastón, pisando con prudencia (un guijarro afilado no avistado y adiós sandalia, pie y caminata...). No advertimos ruidos más que los nuestros, producto de



(FOTOGRAFÍA: LARRY LANDOLFI, <http://apod.nasa.gov/apod/ap071020.html>)

la marcha, pero de tanto en tanto sonidos extraños cruzan los campos: ladridos, gemidos, griteríos... Y entonces nos entra cierto temor; la salsa de la noche fuera del abrigo urbano. Empero, desaparecen enseguida, porque los astros siempre reconfortan. Repararnos en ellos y nos viene una singular confianza, como si bajo su égida nada malo pudiera sucedernos... Una chorrada, claro; pero una que sentimos tan aguda que parece razonable, lógica, hasta inevitable.

Un perro aparece de improviso, pero pasa a nuestro lado cabizbajo y pronto no es más que una sombra trotando en mitad de las tinieblas. Cosa rara, también nos topamos con un conejo noctívago, y escuchamos el ulular de alguna lechuza escondida entre las pinadas. Miles de telas arácnidas, tejidas entre márgenes de naranjos, amenazan con impedirnos percibir el trayecto pedregoso... Paramos y echamos la vista hacia arriba: ¿habrá allá, en cierto lugar rocoso al abrigo de una luz estelar, algo parecido a arañas, aves, mamíferos... inteligencia?

El canto rocoso de un margen de huerto nos sirve de mirador. Nos sentamos allí y oteamos el resplandor en la distancia: vemos las pocas luces tontas que delimitan la trazada de avenidas, calles, y cruces, las luces de hogares (amores, amarguras, sueños...) y las luces de vehículos que avanzan perezosos entre la oscuridad. Todo son luces, pero todas son falsas; falsas por postizas, por engañosas, porque no valen nada. Sólo hay unas que no lo son, sólo hay unas que son genuinas: porque son sus brillos los que cuentan, es su energía la que nos mueve, y es su interrogación lo que permanece. Es de suponer que ya lo entendéis...

Es entonces, mientras continuamos la marcha y repararnos en lo que se cuece allá arriba, cuando todo tiene sentido. O casi, al menos. Cuando empieza a bosquejarse una idea, una tenerse una sensación y a experimentarse un sentimiento. Ya sabemos que, en ocasiones, las estrellas nos hablan, aunque ellas siempre sigan mudas, indiferentes, como muy a lo suyo. Entonces se advierte qué tiene valor, y qué no. O mejor, qué puede tenerlo, y qué no lo poseerá nunca. Lo sabemos, aunque no lo comprendamos; lo descubrimos, pese a no pretenderlo.

Parece una locura, pero son ellas quienes pueden hacernos entender muchas cosas. Algunas respecto a nuestros semejantes (si ellas no privan de su luz a nadie, si no los juzgan, ¿por qué hacerlo nosotros?) o sobre los demás seres vivos (que viven de la luz estelar, igual que la especie humana); otras sobre nuestro mundo (que precisa de atención urgente para proteger su maravillosa variedad y riqueza, qué raro debe ser hallar un planeta tan bello como la Tierra allá arriba...) o los muchos otros que puede haber allende las fronteras del espacio cercano (¿estamos preparados para ir allí, merecemos tal privilegio?). Y así mil preguntas más, auspiciadas por (y formuladas bajo) la luz de nuestras propias raíces.

Puede que en el futuro (si no existe ya) haya una terapia que consista en contemplar las estrellas y buscar respuestas extrayéndolas de su luz, de su misterio, de su perennidad, una especie de *psicología estelar* que contribuya a entender algo mejor lo que hacemos, o lo que deberíamos hacer (y lo que no). Algunos objetarán que las respuestas sólo surgen del cerebro, que nada hay en el cielo capaz de orientarnos, pero los humanos somos materia de estrellas; al preguntarles a ellas, pues, de algún modo no hacemos más que consultarnos a nosotros mismos...

Sé que parece una locura, repito, pero la próxima vez que salgáis a caminar en la noche, interrogad a las estrellas. Y aguzad bien el oído porque, tarde o temprano, estoy seguro que os responderán...